

Notas al programa de Carlos Núñez con la OSG 28 de junio de 2012, Palacio de la Ópera

Dicen los neurocientíficos que nuestra memoria no se sitúa en una única región de esa nebulosa gris de 1 kilo que llamamos cerebro. Su mecanismo se parece más al de nuestras memorias de ordenador: múltiples, con archivos diseminados aquí y allá... memorias ramificadas.

Carlos Núñez lleva años trabajando no sólo como prestidigitador de todo tipo de cañas agujereadas, sino también como explorador de una memoria musical que en su caso se transmite por la yema de los dedos. El chico tímido que, según sus profesores, pasaba horas punteando bolis bic en plan flautas imaginarias, es uno de los mejores intérpretes del mundo. Ha tocado con figuras legendarias, desde Ry Cooder a Paddy Moloney, pasando por Dulce Pontes, Vicente Amigo, Noa, Sinéad O'Connor, Carlinhos Brown o Bob Dylan, como un jardinero o un genetista que se dedica a hacer injertos en lo que se conoce como «música celta». A todo ello le imprime su estilo -el «tremolo» inconfundible de su toque- con una curiosidad voraz: es un nómada, un cazador-recolector de memorias sonoras ramificadas.

En algún momento de finales del siglo XX, Carlos Núñez recoge memoria sonora atlántica como una semilla en la palma de su mano. Y, naturalmente, **sopla**.

Parte I A mares

Tomadas en crudo, la música popular y la música culta conectan los mismos cables en nuestro cerebro. En este concierto se dan la mano las dos tradiciones, sin prejuicios, sin tópicos. Navegan juntas.

Característico de la música tradicional es que, al perderse en la noche de la especie, una misma melodía sufre excitantes metamorfosis y cambia de nombre sin problemas. Por ejemplo, la cantiga **Non te namores, meniña** aparece como *Tears of Stone* en el disco *Santiago* de «The Chieftains». Con ella nos sumergimos poco a poco a oleadas de arpa. Si viajásemos a bordo del «Nautilus» del capitán Nemo partiríamos de la bahía de Vigo, rumbo a otros mares. Y en este concierto hay muchos: desde el Cantábrico hasta el mar del Norte, desde el de Japón hasta el mar de adentro.

Algo en la modalidad menor de *Non te namores, meniña* le lleva la contra a su título. Igual que esa técnica de seducción basada en un «no» para que sea «sí», *Non te namores, meniña* parece claramente compuesta para enamorar. Es la prohibición que nos invita a dejarnos llevar en un viaje marino. Una hora marítima. Un amor por mar.

Y comienza el peregrinaje. Si nos dijese que el **Pilgrim's sunrise**, con su «tempo» marcado, es una alborada tradicional de -pongamos- Cambre, seguramente nos lo creeríamos. En realidad pertenece al disco *May we never say goodbye* de Shaun Davey, un conocido músico y compositor norirlandés a quien Cambre podrá sonarle fácilmente a Cambridge -o a *Cymru*, Gales en galés -, aunque en trabajos previos Davey ya incluía piezas con títulos como *Santiago* o *Vigo*. Si Galicia fue durante unos

años el secreto mejor guardado del mundo [discográfico] celta, por suerte nadie guardó el secreto mucho tiempo.

Nos hallamos en tierras y mares que mezclan historia y fábula -bastante parecidas, vistas a cierta altura-, así que no habría de extrañarnos si de repente abre sus fauces un dragón en la butaca contigua. Un dragón fiero aunque también dulce, con base rítmica casi de «taiko» japonés sobre la que se contonea una melodía de pastos irlandeses, o hibernios -o cámbricos-. El *Spanish Dragon* es una criatura híbrida surgida de la colaboración de Núñez con Tamiya Terashima para *Melodies from Gedo Senki*, banda sonora de *Cuentos de Terramar* [Goro Miyazaki, 2006], del mítico estudio de «anime» Ghibli.

Por el aire o por el viento, regresamos a Galicia. A Coruña concretamente. A la calle Orzán, para ser exactos. No podía faltar el, en palabras de Julio Andrade, «coruñés errante»: Andrés Gaos, nacido en esa calle y que, como buen gallego del siglo XX, pasa la mitad de su vida en América. Entre 1917 y 1919, mientras en Europa la revolución bolchevique o la gripe española transforman para siempre política y relevo generacional, él vive largos períodos en Buenos Aires. De esa época data *En las montañas de Galicia*, su 2ª Sinfonía: un denso embrujo postromántico que nunca alcanzó a escuchar completo en vida.

El 2º movimiento de *En las montañas de Galicia* -«Cantos Celtas», un cuadro sinfónico según Gaos- es su mejor embajador: maravillosas células musicales que entrelazan morriña y esperanza, que no se sabe si cantan o lloran pero dan forma a algo familiar y – ese otro término sin traducción- «enxebre».

Una anécdota une a un Gaos niño con Pablo Sarasate: este lo escuchó tocar el violín y le ofreció irse con él a París, a lo que la familia Gaos Berea se negó. Cien años después, Carlos Núñez vivirá algo parecido con los Chieftains... y un desenlace diferente.

Pablo Martín Melitón de Sarasate y Navascués parecía predestinado a bregar con acentos rítmicos desde la pila bautismal. El «Paganini» español que, entre sarcástico y humilde, le rompía las costuras a la idea del «genio» [«Genio! Llevo 37 años practicando con el violín 14 horas al día y me llaman genio!»], compuso una *Muiñeira* endiablada pero aún apta para cardíacos, luminosa, antiartrítica y optimista. La *muiñeira* de Sarasate es hija musical -y un poco díscola- de la *Muiñeira de Monterrei*. Y don Melitón obliga al temerario flautista que se atreva con ella a corretear altibajos y escalofríos descendentes. Tendría su gracia que el compositor se hallase hoy entre el público, refunfuñando.

Junto a las partituras clásicas de Gaos y Sarasate, una de las ecografías sonoras españolas más famosas, escrita originalmente en «Braille»: el adagio del *Concierto de Aranjuez*, del maestro valenciano Joaquín Rodrigo. Reserva y -por qué no- «saudade» para ese tempo que evoca un pulso vital y que Miles Davis radiografió así: «Una melodía tan fuerte que cuanto más suave se toca más fuerte es, y cuanto más fuerte se toca, más débil se vuelve».

Para la hipnótica **Marcha do Entrelazado de Allariz** tendrán que imaginar a bailarines sujetando cintas atadas a un palo, a ser posible en una *carballeira* del país. A medida que giran, suben y bajan, las cintas de colores se trenzan al mástil. Hace años, el dramaturgo Cándido Pazó rematará *Nau de Amores*, de Gil Vicente, con un entrelazado, tradicional de muchas aldeas de Galicia y Europa. Esta danza del medievo se exportó con éxito y en Venezuela, por ejemplo, se la conoce como «sebucán». En el aspecto musical, la cinta de la flauta se entrelaza aquí con la contundencia de la percusión y con un piano que se deshilacha en segundo plano. El «entrelazado» nos remite quizás a las antiguas fiestas de «Os Maios» y, poniéndonos estupendos y nerudas, sus danzantes hacen del palo lo que la primavera haría con los cerezos.

El **Galician Carol** de P. Moloney se ha convertido en una de las sintonías más «carlosnuñeiras». Pertenece a su disco debut, aquel brillante *A Irmandade das Estrelas* de 1996, y se basa en el *Villancico para la Navidad de 1829*, de J. Pacheco. Una melodía despreocupada y pegadiza, casi de flautista de Hamelin, con su parte B sombría a la que le sale de nuevo el sol del tema A, a medida que se agregan instrumentos.

Tras este recorrido por los mares, semicorcheas y sellos en el pasaporte de un artista «marcopolo», desembocamos en el mar interno de Ramón Sampederro, eje de una de las películas más exitosas dirigidas por A. Amenábar. Él mismo firmaba la partitura del film y para estos créditos finales de *Mar Adentro*, que bucean entre el optimismo y el intimismo, Carlos se abraza alternativamente a la tripa de la gaita y a la flauta. Aunque en concierto el instrumento principal de Carlos Núñez es la flauta de pico, sigue siendo la gaita, esa cantimplora que también canta y también llora, el sello de la música galaica, su pasaporte.

Este tema, junto al *Concierto de Aranjuez*, *Spanish Dragon* o *Shining Boy & Little Randy* pertenecen al trabajo *Cinema do mar*, de 2007.

«De una forma intuitiva para todos nosotros, y en especial la gente que vive al lado de la costa, de la costa Atlántica en este caso, el paraíso está hacia allá, hacia la puesta de sol... Mar Adentro. No tierra adentro, curiosamente.» Carlos Núñez

Parte II Negocios entre la verde Eirinn y la verde Punta Herminia

En la Edad Media, además de varias jornadas en navío, lo que une a Galiza con Irlanda es un libro. Poca música nos ha llegado en él -como no sea la de las espadas y los cánticos guerreros sobre barcos de cuero- dado que se centra en conquistas, genealogías e invasiones. El «Libro de las Invasiones de Irlanda» [*Leabhar Ghabhala Éirenn* en gaélico irlandés] se escribe en el siglo XII, mientras Genghis Kan domina el otro lado del globo y en Galicia se ilumina el libro robado más famoso, el Códice Calixtino.

Si alguna noche de insomnio por casualidad se les ocurre hojear el capítulo XI del *Leabhar Ghabhala*, puede que les dé en los ojos la luz de un faro conocido: «Posteriormente una ciudad fue fundada por Breoghan en España, se llamó Brigantia

y también edificó una torre enfrente de la ciudad, la cual se llama Tor Breoghain. Una agradable y deliciosa morada además de ser un lugar para mirar y vigilar.»

Salvo para subirnos un momento a lomos de un elefante, toda la segunda parte del concierto será un zigzag entre las costas irlandesas y gallegas, emulando a aquellos celtas de la saga: los hijos de Breogán, los de Mil, Ith divisando Irlanda desde la Torre [de Hércules?]. Seamos más o menos celtófilos, las relaciones entre un fin del mundo y otro son innegables y, a decir de los arqueólogos, la ruta hacia el norte existió. Una arteria épica y comercial de la España atlántica en donde, según Avieno en su *Ora Marítima*, se situarían las enigmáticas islas Casitérides, o del Estaño [seguramente las Scilly, aunque para nuestro José Cornide, esas islas eran sin duda gallegas].

Quizás con parte del legendario estaño extraído de las Casitérides se han fabricado los «tin whistles», las pequeñas flautas agudas, baratas, callejeras y en apariencia simples, de la música irlandesa. Y un gran reivindicador del «tin whistle» es Paddy Moloney [Pádraig Ó Maoldomhnaigh en gaélico] con su flequillo cortado al probable estilo de los monjes que mezclaban pigmentos para el «Libro de Kells», y autor de muchos de los temas de esta 2ª parte.

Moloney es la figura carismática de «The Chieftains»: casi medio siglo sentado e inflando su «uilleann pipe», la gaita de codo, codo con codo con Núñez, entre otros, y dejándose enredar en este Far West nuestro. Según el propio Núñez, los Chieftains y Moloney serían un poco como Compay Segundo, pero macerados en Guinness. Carlos y Paddy han tocado juntos y fermentado juntos y se nota que ha habido momentos entrañables y fructíferos en esa colaboración.

Por ejemplo, *Dawn* [Amanecer]: una de las piezas más reconocibles del repertorio de Núñez, una melodía apacible, con algo de juguete infantil. Tras el momento elefante - luego hablamos del elefante - volvemos con Paddy y su *Galician Overture*, una pieza orquestal tributo a las seis? siete? naciones celtas: Escocia, Gales, Irlanda, Bretaña, Cornualles, isla de Man... y, quizás, Galicia. Algo más de 10 minutos de orquestación brillante con el arpa símbolo de Irlanda, el chorro implacable de las gaitas, percusión de «bodhran», violín, flautas y diferentes melodías tradicionales en un menú-degustación del sonido celta pasado por el molino sinfónico. Hadas «sidhe» y «korrigan» bretonas de palique con las «tylwyth teg» galesas. Y, en medio de ese aquelarre, la adivinanza de «moura» con acordes gallegos, cuál es?

También en macedonia consiste precisamente un *Reels Medley* o mezcla de reels: el «reel» es música de baile, de las que hace mover los pies bajo las butacas de una sala de conciertos o sobre los tablones de taberna de *El hombre tranquilo*. Quizá el ritmo más vertiginoso de la verde Eirín, festivo y borrachín, pero exacto en su tempo de 4/4 como un reloj atómico.

En uno de los remakes de *La Isla del Tesoro* para el cine, Moloney aborda la banda sonora y a ella pertenece *Setting Sail*. Si hablar de la música de Carlos Núñez es hacerlo también de su periplo artístico, *La Isla del Tesoro* se correspondería con sus comienzos: en 1989 Núñez, casi un Jim Hawkins de 18 años, se enrola en el barco de

los Chieftains, graba con ellos y como botín se trae esta «jiga», un 6/8 que la revela prima hermana de nuestra muiñeira.

¿Y el elefante? El compás elegíaco y paquidermo de **Shining Boy&Little Randy** pertenece a Ryuichi Sakamoto, compositor japonés de universo sonoro inconfundible, para la película homónima: la historia de un muchacho que aprende a adiestrar elefantes en Thailandia. Esta pieza la grabaron los hermanos Núñez, Xurxo a la percusión y Carlos en las flautas. También de Xurxo Núñez son los arreglos de una maravillosa danza tradicional bretona, **An Dro** [La ronda] en la que un ritmo sin apenas respiro marca el movimiento de los bailarines [sirven los que han imaginado para el *Entrelazado* de antes]. Su estructura binaria AA`BB` la delata medieval, aunque no se descarta su raíz celta.

La «meniña» que dudaba entre enamorarse o no en el primer tema de este concierto termina disipando sus dudas con el **Rupert's mambo**. Una intro de 4 notas repetidas abre paso a una orquesta que trae salitre de las últimas orillas donde nuestro gaitero ha mojado los pies: Sudamérica. El mambo, originario de Cuba y África, remacha la odisea de Carlos Núñez con la Orquesta Sinfónica de Galicia. Y ahora, ¿se acuerdan del «holóphonor» de la serie *Futurama*, ese instrumento que, tocado por un virtuoso, crea imágenes holográficas en la sala?

Lo celta, una etiqueta que pegó con fuerza en los 90, se ha remasterizado como concepto. Más allá de intereses comerciales, cultiva una manera de entender la música – junto con otros géneros, como el jazz o el rock- como un continuo que ha de superar los prejuicios del purismo. En «lo celta» se entretajan historia y epopeya, de ahí que una de sus muchas derivas haya sido la de las bandas sonoras y un constante fluir entre tradición y fusión para permanecer como legado musical. Un esparcirse, sembrarse y reinjertarse. Lo celta posee raíces, pero quizás eran aéreas.

¿Y los celtas, qué? ¿Habelos, hailos? Una cultura que nunca se nombró así a sí misma, pero tan atractiva que sus límites abren encarnizados debates entre expertos foreros de internet, ex-fumadores de Celtas, amantes de petroglifos a cielo abierto e hinchas del Celta de Vigo. El celtismo forma parte del genoma popular gallego, compartiendo cromosoma con el «fogar de Breogán», los percebes o la Santa Compañía, y compás a compás nos hermana a todos los finisterres de la anciana y reinventada Europa.

Estíbaliz...Espinosa, 2012